
Espagnol
1er prix – Mme Ana Puga Peralta

Palabras características

Hace poco tiempo me vi obligado a asumir un hecho terrible sobre mí mismo. Uso mucho la palabra “iteración”, más de lo que debería cualquier ser humano. En el pleno al quince de la quiniela, le pondría un cinco al número de veces que menciono la palabra al día.

No me enorgullezco de ello. Preferiría ser de los que señalan que una cosa es una versión, una edición o un mero ejemplo de algo, y no ir por ahí diciendo iteración una y otra vez. Desgraciadamente, no es el caso. Además, me enteré de mi dolencia “iterativa” de la manera más chocante: acababa de empezar en un trabajo nuevo y, a las pocas semanas, escuché a tres compañeros con los que hablo a menudo decir la palabra “iteración” en distintas ocasiones. Cuando se la oí a la tercera de ellos, a quien ya conocía de antes, la interrumpí sin dejarle acabar la frase: “Oye, ¿acabas de decir ‘iteración’? ¿Por qué aquí usáis todos esa palabra?”. Su respuesta me sacudió como si me hubieran atizado en la cabeza con un diccionario enciclopédico. “Deberías alegrarte”, replicó. “Es una de las tuyas”.

Tras una fase de negación y un cierto daca y toma, me fui a casa al terminar la jornada y le pregunté a mi mujer si había alguna palabra rara, característica, que yo utilizara frecuentemente.

“¿Como iteración?”, preguntó, sin pararse a pensarlo ni un segundo. Y entonces llegó la avalancha: “También dices mucho ‘tangencial’. Ah, y ‘anticuado’. Además, siempre hablas de ‘la medida en que’ alguien hizo tal o cual cosa.”.

Y no lo dejó ahí. Resulta que tengo afinidad por “anacronismo” y mantengo una estrecha conexión con “cognizante”.

Al volver a la oficina al día siguiente ya había aceptado, aunque a regañadientes, que usaba demasiado una serie de palabras absurdas y que todos los que me rodeaban eran conscientes de ello. No obstante, también noté un cambio en mi modo de hablar con mis compañeros de trabajo. Se mantuvo mi propensión a salpicar las frases con “anticuado” y a intercalar un “en la medida en que” aquí o allá, pero, activa y deliberadamente, dejé de utilizar “iteración”. Esa palabra era mía, aunque no me hubiera dado cuenta hasta el día antes, y ahora estaba en boca de todos. No quería parecer un mero imitador al usar ese sustantivo, que ya parecía ser de mi propiedad.

[...]

Y tampoco seré uno de esos que van por ahí robando las palabras características de otros. ¡Menudos vagos! ¡Qué poco originales! ¡Penoso! ¿Cuánto tiempo pasó desde que escribí esas frases hasta que me acordé de una ocasión en que me había comportado exactamente de la manera que tanto me había cabreado cuando pasó en el trabajo? Unos cuatro segundos.

Ocurrió hace unos meses. Uno de mis mejores amigos usa a menudo la palabra “fabuloso” en sus correos. Cuando le enví un enlace a una atrapada de béisbol particularmente espectacular o a un vídeo tonto de una cabra berreando, me contesta con un breve “fabuloso”; a veces, es él quien me envía un artículo introducido por “noticia fabulosa”. Le funciona bien. Muy bien, diría yo. Y, sin ser consciente, le robé la palabra como el que más.

No me di cuenta hasta que, en julio, otra amiga respondió a uno de mis correos felicitándome por emplear una palabra inusual. “Por cierto, muy buen uso de ‘fabuloso’”, escribió casi al final de su mensaje. Ello me llevó a analizar mi bandeja de salida, lo que confirmó que utilizo esa palabra de modo generalizado en mis correos. “Qué palabra tan retro”, añadió. “¡Recuperémosla!”.